Fernando Chomali

Profesor de la Facultad de Teología
Pontificia Universidad Católica de Chile

Derecho a la vida, derecho fundamental

1. A MODO DE INTRODUCCIÓN

El enunciado con el que iniciamos esta ponencia plantea, de partida, una cuestión básica, que podríamos formular en los siguientes términos: ¿Se justifica dedicar tiempo y esfuerzo a reflexionar sobre algo aparentemente tan obvio como es el considerar el respeto a la vida como el más fundamental de todos los derechos? Respondemos citando a Pedro Morandé: *“Lo que había caracterizado la ética desde la antigüedad era la búsqueda de la mejor definición del valor moral de la vida humana, partiendo de la evidencia de que la vida misma era algo ‘dado’ y que no requería, por tanto, ser definido. Podía discreparse con relación a cuál sería la más justa jerarquía de los valores o las virtudes, pero siempre sobre la base de que el valor de la vida humana misma no estaba en discusión y constituía el fundamento de toda reflexión subsiguiente. Aristóteles, Santo Tomás y Kant, a pesar de sus múltiples diferencias teóricas y prácticas, podían coincidir en que la vida humana es un fin en sí misma y no un medio subordinado a otro fin, precisamente porque la consideraban indisponible. Solo aparece, en cambio, la misma vida como objeto de reflexión moral, en el momento que se sabe con certeza que el ser humano dispone de los medios técnicos suficientes para actuar sobre ella sin atender a su finalidad intrínseca, como algo dado e inmodificable, sino pudiéndole imponer otros fines determinados arbitrariamente por la voluntad humana”* (1).

Bastaría remitirnos a lo dicho para responder a nuestra pregunta inicial. Sin embargo, la importancia del asunto justifica que hagamos el ejercicio de análisis del tema enunciado, tomando como punto de partida la vida humana en sus inicios, justamente por ser el derecho más cuestionado, especialmente en Occidente. El camino trazado será el siguiente. Primeramente, expondremos algunas consideraciones en torno a la vida, y más específicamente en torno a la vida humana. En segundo lugar, haremos algunas consideraciones relativas al derecho. A continuación, nos preguntaremos si existe el derecho a la vida y cómo hemos de entenderlo, o dicho de otro modo, si acaso existe el derecho a que la vida de un ser humano sea respetada siempre y bajo todas las condiciones. Analizaremos, luego, las opiniones más signi-

(1) Morandé, P., Vida y persona en la posmodernidad, en Scola A., coordinador, ¿Qué es la vida? Ediciones Universidad Católica, Ediciones Encuentro, Madrid, 1999, 101.

ficativas que cuestionan el derecho absoluto a la vida, señalando de paso la posición del magisterio de la Iglesia al respecto. En este punto mostraremos que el respeto de todo ser humano a la vida es un imperativo moral y haremos referencia al principio del privilegio de la duda. Por último, terminaremos nuestra exposición haciendo algunas reflexiones a modo de conclusión.

Quisiéramos plantear desde ya que muchos de los temas vinculados con el derecho a la vida van a quedar sin ser tratados, especialmente los que se refieren a los enfermos terminales, que tienen derecho a una muerte digna. Esto último significa que no se puede realizar con ellos nada que vaya contra su precaria vida, como tampoco práctica alguna que vaya más allá de lo razonable, ordinario y proporcionado a su situación de paciente próximo a la muerte y que le impida morir serenamente, en consonancia con el curso natural de la enfermedad. Debemos, sí, recordar que el derecho absoluto a la vida no significa legitimar una medicina obstinada, que de hecho no reconozca la condición mortal del ser humano. En efecto, si se invoca como tal el derecho absoluto a la vida, podríamos caer en un tecnicismo que corre el riesgo de ser abusivo.

Tampoco abordaremos en esta ocasión el caso, dramático aunque no muy frecuente, de la situación médica de una madre en estado de gravidez, que por su misma gravedad corre el riesgo de morir tanto ella como el no nacido de no mediar una intervención médica, intervención que pondría en peligro de muerte a uno de ellos o a ambos. Este hecho obliga a una reflexión desde el momento que la acción que se lleve a cabo podría conculcar el derecho a la vida de uno respecto del otro, lo que es cuestionable desde el punto de vista moral.

2. CONSIDERACIONES EN TORNO A LA VIDA

Lo que caracteriza al ser vivo en general es que es capaz de una actividad que surge del interior del propio sujeto y que tiende a su plena realización como tal sujeto. Al presente, nos referiremos a un modo especial de manifestarse la vida, cual es la vida del ser humano, que no solo se nutre, crece y se reproduce (2), tal como ocurre en la vida vegetal y animal, sino que, además, tiene la característica absolutamente propia y originaria de elegir su actuar y la finalidad por la cual actúa. Cuando nos referimos a la cuestión del derecho a la vida, tema que nos ocupa, estamos hablando de la vida de un ser de la especie humana.

3. EL COMIENZO DE LA VIDA HUMANA

T.W. Sadler, profesor de biología molecular y coautor del famoso libro de embriología médica usado por todos los estudiantes de Medicina del mundo, afirma:

(2) Las características de un ser vivo comprenden “el carácter dinámico del sistema y su capacidad de autocontrol (homeostasis), la excitabilidad (capacidad de respuesta a estímulos de diferente naturaleza y origen), la capacidad de reproducirse, la herencia de los caracteres y la tendencia evolutiva”. Colombo, R., *Vida: de la biología a la ética*, en Scola, A., *ibíd.*, 159.

“El desarrollo de un individuo comienza con la fecundación, fenómeno por el cual el espermatozoide del varón y el ovocito de la mujer se unen para dar origen a un nuevo organismo, el cigoto” (3). En efecto, al observar tanto el gameto masculino como el femenino, se perciben que son dos sistemas autónomos que están ordenados el uno al otro. Tanto el óvulo como el espermatozoide son en potencia un individuo humano. Si no se unen entre ellos, cada cual queda en su situación inicial. Cuando se produce la fertilización, es decir, cuando el espermatozoide penetra el óvulo, pierden su propia autonomía, dando lugar a un nuevo sistema que posee una nueva identidad biológica y que lleva grabado en sí mismo un nuevo programa completo e individualizado, estrictamente suyo, con una teleología que le es propia. En efecto, *“el cigoto contiene todas las instrucciones requeridas para el desarrollo de un nuevo ser humano”* (4). El cigoto no es una mera posibilidad de un sistema unificado. Este es el mismo sujeto que se desarrolla y mantiene en cada fase una unidad óntica y continua con la fase precedente (5). Este sistema, con un patrimonio genético propio y exclusivo de la especie humana, individualiza al recién concebido con características que le son propias, constituyendo una auténtica novedad. Cada ser humano que habita en el planeta es único e irrepetible.

El nuevo genoma del que está dotado el embrión unicelular es su estructura coordinadora, la cual se caracteriza por identificar al embrión unicelular como biológicamente humano, que se autoconstruye y se automantiene. Este nuevo ser posee una teleología, es decir una finalidad, que le es propia, constituyéndose en un fin por sí mismo y no por otro. En este sentido, es erróneo afirmar que es un programa ejecutado por los órganos de la madre, aunque, obviamente, requiere de ella para desarrollarse. Mejor dicho, *“el neoconcebido tiene una propia y bien determinada realidad biológica: es un individuo totalmente humano en desarrollo, que autónomamente, momento a momento, sin ninguna discontinuidad construye la propia forma siguiendo, por intrínseca actividad, un diseño proyectado en su mismo genoma”* (6).

A la luz de los datos que aporta la ciencia, se percibe que no estamos en presencia de un ser humano potencial en proceso de humanización, sino de un ser humano, que si no lo ha sido desde el momento de la fecundación, no lo será nunca. Ello, en virtud de que la vida humana no va precedida de vida vegetal o de algún ser indiferenciado de otra especie. Aristóteles pensaba, equivocadamente, que el alma provenía del semen y el cuerpo, de la materia materna. Según el filósofo griego, esta alma era primero vegetativa, después sensitiva y luego racional. Sostenía, también, que esta sucesión marcaba la expresión del alma humana de acuerdo al desarrollo y la organización del embrión. Según Aristóteles, en quien se inspira Tomás de Aquino, se trata de la misma alma, pero que se despliega de las tres maneras señaladas. Estamos, por tanto, según el aquinate en presencia de una gradualidad de “potencias del alma”, realidad que funda el término de “ser humano potencial”.

(3) Sadler, T.W., The development of human being begins with fertilization, en Langman's medical embryology, 6th ed., Williams and Wilkins, Baltimore 2000, 3.

(4) Moore, J.A., Heredity and Development, 2th ed., The Oxford University Press Inc., 1972

(5) Cf. Sgreccia, E., Manual de Bioética, Ediciones Diana, México, 1994, 337-343.

(6) Serra, A., Il neoconcepito alla luce degli attuali sviluppi Della genetica umana, en Fiori, F., Sgreccia E., L'aborto. Riflessioni di studiosi cattolici, Milano 1975, 130

Desde un punto de vista filosófico, también es falso afirmar que el embrión es un ser humano potencial. Si no ha sido plenamente humano desde el primer momento, no lo será nunca. Lo que sí es potencial es su desarrollo: se es neonato en potencia, niño en potencia, adolescente en potencia, estudiante en potencia. Y esto es así porque se es un ser humano en acto. Por lo tanto, no estamos frente a un ser humano potencial, sino en presencia de un ser humano dotado de múltiples potencialidades.

Por otra parte, tampoco es cierta la teoría gradualista, que postula que a lo largo del desarrollo se van presentando umbrales o niveles, cada uno de los cuales con su respectivo programa. Al pasar de un estadio a otro se produciría un cambio de programa, lo que redundaría en cambios cualitativos entre un nivel y otro. La verdad, sin embargo, es distinta. El desarrollo humano no procede como si se tratara de compartimientos estanco, sino de un único proceso, que tiene las características de ser continuo, gradual y coordinado. Es siempre el mismo individuo que va adquiriendo su forma definitiva gracias a la coordinación de miles de genes estructurales, que confieren una férrea unidad al organismo que se desarrolla en el espacio y en el tiempo. Se es o no se es humano. No existen, desde el punto de vista del ser, estadios intermedios que permitan calificarlo de más humano o de menos humano. Quienes sostienen esta tesis definen la presencia de un ser humano de acuerdo a un criterio cronológico y no ontológico, lo que constituye una arbitrariedad. En efecto, ¿en virtud de qué argumento podríamos afirmar que la experimentación con embriones antes de los catorce días desde el momento de la fecundación es legal, pasados los cuales se vuelve delictuosa? Aún más. ¿Qué principio autoriza atentar contra el embrión en sus primeros días de desarrollo, hasta el punto de impedir que anide en el útero materno, o permitir que sea congelado?

Ahondando en el tema, debemos sostener que el ser que se desarrolla en el espacio y en el tiempo es siempre el mismo. Esto desde el punto de vista cualitativo, lo que también ocurre desde el punto de vista cuantitativo. En efecto, los cambios que apreciamos nos permiten describirlo como embrión, feto, neonato, niño, adolescente, adulto, viejo, pero siempre tratándose del mismo ser. Es lo que sostiene el Documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe, *Donum Vitae*, referido a las interrogantes éticas que suscitan las técnicas de reproducción artificial: “Los términos ‘cigoto’, ‘pre-embrión’ y ‘feto’ en el vocabulario biológico pueden indicar estadios sucesivos en el desarrollo del ser humano. La presente Instrucción utiliza libremente estos términos, atribuyéndoles un idéntico sentido ético” (7).

Lo recientemente planteado permite comprender más claramente la posición de la Iglesia cuando postula que “desde el momento en que el óvulo es fecundado, se inaugura una nueva vida, que no es la del padre ni la de la madre, sino la de un nuevo ser humano que se desarrolla por sí mismo. Jamás llegará a ser humano si no

(7) Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción *Donum Vitae*, sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación, Preámbulo. El término pre-embrión fue acuñado para referirse al producto de la concepción hasta los 14 días, que podría ser usado como objeto de experimentación. Este término es equívoco y merece ser analizado. Será correcto utilizarlo si quiere expresar una fase más del desarrollo del embrión, como los términos mórula, blástula, embrión, feto, pero no es correcto si quiere significar que en dicho estadio del desarrollo estamos en presencia de una vida no humana o no todavía humana.

lo ha sido desde entonces... Con la fecundación se inicia la aventura de una nueva vida humana, cuyas principales capacidades requieren un tiempo para desarrollarse y poder actuar” (8).

Esta posición respetuosa de la vida humana desde su inicio ha sido asumida por varias recomendaciones del Consejo de Europa. En efecto, en el N° 5 de la Recomendación 1046 del Consejo de Europa, leemos lo siguiente: “... desde el momento de la fertilización del óvulo la vida humana se desarrolla con un proyecto continuo, y (que) no es posible realizar una neta distinción durante las primeras fases embrionales de su desarrollo, y (que) la definición de un estatuto biológico del embrión es por lo tanto necesaria”. Agrega el mencionado documento, en el N° 10: “... los embriones y los fetos deben ser tratados en todas las circunstancias con el respeto debido a la dignidad humana”.

4. CONSIDERACIONES EN TORNO AL DERECHO

El derecho es la parte del orden moral que se refiere a la justicia, la que según la clásica definición de Ulpiano, es la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno su derecho. Considerando el derecho desde un punto de vista objetivo, podemos afirmar que este es un determinado orden que garantiza que cada cual tenga lo suyo, o sea, aquello a lo cual tiene derecho. Lo *suyo de cada uno* es aquello que puede ser exigido como propio, porque le ha sido asignado como necesario para la obtención de su fin último, sea en virtud de la ley natural y de la ley positiva. Según Santo Tomás, lo *suyo de alguien* es aquello a lo que ese *alguien* se ordena, lo que supone un cierto orden de exigencia o necesidad y corresponde al concepto de *lo debido* (9).

5. ¿EXISTE EL DERECHO A LA VIDA?

A la luz de la definición recientemente expuesta corresponde preguntarse si acaso existe verdaderamente el derecho a la vida. Responder a esta pregunta exige ciertas consideraciones previas. Si miramos nuestra propia realidad, percibimos que nuestra vida ha sido asumida por nosotros, la hemos hecho nuestra, pero no hemos sido nosotros los autores ni quienes hemos puesto las condiciones para que nuestra vida surja, sino que han sido otros. Podemos concluir, por tanto, que nuestra propia vida, tal cual ella es, nos ha sido dada. De ello se sigue que no podemos reclamar un derecho a la vida, porque ello no depende de nosotros. Pero si no tenemos derecho a la vida, sí podemos reclamar el derecho a poner las condiciones para que surja la vida, como por ejemplo a contraer matrimonio. Pero derecho a la vida, derecho a un hijo, derecho a existir de suyo, no. Por lo tanto, parece que lo más adecuado es hablar del derecho que el ser humano tiene, una vez concebido, a que se le respete la

(8) Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración sobre el aborto procurado, 12-13.

(9) Cf. Ugarte J.J., El derecho de la vida, el derecho de la vida bioética y derecho, Editorial Jurídica de Chile, Santiago 2006, 17.

vida, es decir, a que se pongan las condiciones para que alcance su fin, a que se desarrolle. De acuerdo a lo dicho, es posible afirmar que el ser humano tiene derechos una vez que se constituye como tal.

Ya desde el momento mismo de la fecundación, el fin de este ser humano es vivir, independiente del modo en que ha sido generado, sea en el contexto del amor conyugal, de una relación sexual que excluía voluntariamente la posibilidad de una nueva vida –acto cuestionable desde el punto de vista moral–, de una agresión sexual –acto por cierto brutal–, o fruto de una fecundación *in vitro* –acto igualmente discutible desde la perspectiva moral–. La razón que funda el reconocimiento del valor de la fecundación y del merecido respeto que se le debe radica en que el hecho de que el óvulo fecundado posee un fin en sí mismo, una teleología que le es propia, un desarrollo que se da por sí mismo en el espacio y en el tiempo, independientemente del padre y de la madre.

6. ¿EXISTE EL DERECHO A QUE LA VIDA DE UN SER HUMANO LE SEA RESPETADA SIEMPRE Y BAJO TODAS LAS CONDICIONES?

En lo que a este tema se refiere, interesa hacer algunas consideraciones. La decisión de no respetar el desarrollo de una vida humana proviene de terceros. Comoquiera que este derecho es cuestionado en las etapas iniciales de su desarrollo, son otros, entonces, los que postulan que habría motivos suficientemente convincentes para establecer una jerarquía de valores de acuerdo a la cual la enfermedad de la madre o una íntima decisión suya, la enfermedad del neoconcebido o la concepción fruto de una violación pasarían por sobre el derecho inherente del ser humano a desarrollarse. En este conflicto de valores, algunos sostienen que es lícito decidir respecto de su vida. Frente a semejante opción cabe preguntarse quién es el que tiene el derecho de determinar qué vida merece o no merece ser vivida. Más aún, ¿quién puede decidir qué vida tiene más valor que otra?, ¿existe un supuesto derecho a decidir el valor de una vida humana hasta el punto de terminar con su existencia mediante un acto deliberado?, ¿existe un bien mayor que respetar la vida de terceros, especialmente si se trata de seres débiles e indefensos? Estos son los temas de fondo que no pueden dejarse de lado al momento de tener que tomar una decisión que ponga en juego la vida del neoconcebido.

7. OBJECIONES A LA NECESIDAD DE RESPETAR SIEMPRE Y BAJO TODAS LAS CONDICIONES LA VIDA HUMANA

Algunos autores postulan que no toda vida humana es persona (10). Se trata, como es fácil de comprender, de una discusión de orden filosófico en torno al carácter de *persona* del embrión humano. Si bien es cierto que nadie discute que

(10) Recomiendo la lectura de la Pontificia Academia Pro Vita, *L'embrione umano nella fase del preimpianto, Aspetti scientifici e considerazioni bioetiche*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2006, 34-40.

estamos en presencia de un ser de la especie humana desde el momento en que el óvulo humano es fecundado por un espermatozoide humano, muchos ponen en discusión su calidad de *persona*, pues es la *persona* la que ha de ser respetada en cuanto titular de derechos, empezando por el derecho a la vida. El tema, entonces, es definir en qué etapa de su desarrollo el embrión pasa a ser *persona* con derechos. Así planteadas las cosas, conviene proceder a analizar críticamente lo que sostienen algunas escuelas.

Una primera corriente postula que, dado el hecho de que somos seres sociales, es justamente el reconocimiento social el principal parámetro que hay que considerar al momento de atribuirle a un ser de la especie humana la categoría de *persona*. Por lo tanto, *ser persona* es un estatus que otros le asignan al embrión, según que se le reconozca o no tal calidad.

Otra corriente sostiene que es la *intención procreativa* la que confiere al embrión la calidad de *persona*. De ello se seguiría que un embarazo no deseado deriva en un niño no deseado, que en cuanto tal no tendría categoría de *persona* ni gozaría de los derechos inherentes a ella. Quienes así piensan le atribuyen gran importancia a los significados existenciales que los hombres y mujeres le dan a los fenómenos de sus vidas. Los que así piensan argumentan que estos significados no derivan de los fenómenos naturales en cuanto tales, sino que más bien de fenómenos de índole cultural, como frutos de la praxis humana, así como del contacto y la comprensión que el hombre tenga de ellos.

Considerado el tema desde la perspectiva arriba señalada, el significado, la sustancia y la consumación de la vida personal se funda en las relaciones humanas. Estas últimas son la medida para valorar a la persona, por lo que a mayor interrelación, mayor valor y condición de persona. Esta forma de mirar al ser humano, concebido bajo estas condiciones, puede presentar una situación muy paradójica, como ser que el padre juzgue que el hijo no deseado no es persona, en tanto que la madre si lo juzgue como tal, o viceversa. Situaciones como estas suelen quedar radicadas en los tribunales de justicia.

A la luz de las diversas posiciones que existen en torno al tema que estamos analizando y su difícil conciliación, algunos autores han preferido optar por una actitud práctica frente a la pregunta acerca del estatuto del embrión. Dicha posición aconsejaría establecer de común acuerdo la responsabilidad colectiva frente a él, dejando entre paréntesis la realidad del sujeto y preocupándose solo del comportamiento más adecuado frente a él, de acuerdo a lo postulado por la ley. Desde esta perspectiva, resulta irrelevante la pregunta acerca de qué o quién es el embrión. Dicha cuestión debería ser sustituida por otra, referida a lo que, de acuerdo a lo postulado por la ley, se puede hacer con el embrión. Algunas leyes dirán que se puede abortar hasta cierto momento del desarrollo, y otras, hasta otro distinto. Otras, aun, dirán que los embriones supernumerarios que surgen de las técnicas de fecundación artificial hay que eliminarlos después de una cantidad variable de años, que según algunos podrían ser cinco o tres años. Desde esta perspectiva, el respeto que se le debe al ser humano estaría determinado por la ley positiva, distinta naturalmente en cada país. En este caso, es el consenso de un grupo de personas que habitan al amparo de una misma estructura legal el que decreta quién tiene derecho a ser protegido y quién no. Pero comoquiera que las estructuras legales cambian de un

país a otro, estaríamos en la absurda situación de que una misma realidad, dependiendo del país donde se encuentre, es merecedora de que se respete o no su vida y qué condiciones deberían darse para que ello ocurra. De lo dicho se sigue que no es la naturaleza de la realidad la que determina los valores de vida puestos en juego y sus derechos, sino el derecho positivo.

Hay otras posturas que no tienen tanto que ver con la forma como la sociedad califica al neoconcebido, sino que más bien apuntan al reconocimiento de un estatuto determinado a la luz de la realidad que tiene el embrión en las distintas etapas de su desarrollo. Esta postura permitiría, por ejemplo, sostener que, siendo la razón lo que hace a la persona, tal estatuto lo adquiriría el embrión solo una vez que dispusiera de los órganos necesarios para el ejercicio de la racionalidad. Solo si los órganos vinculados a la capacidad intelectual estuvieran suficientemente desarrollados, solo a partir de ese momento se podría afirmar que estamos en presencia de una persona. De cualquier manera que el grado de desarrollo que estos órganos debieran tener es aún tema de debate, distintas son las posturas que se siguen de dicha ambigüedad. Analizaremos algunos casos.

Un primer modelo es la posición del bioeticista H.T. Engelhardt, quien define a la persona por la autoconciencia, la autonomía, la racionalidad y la posesión del sentido moral. Con esta postura, el autor pretende diferenciar la condición de ser humano de la condición de persona. Esta última condición se da solo cuando se tiene capacidad autorreflexiva y sentido moral: *“No todos los seres humanos son personas. Los fetos, los infantes, los retrasados mentales graves y los que están en coma irreversible constituyen ejemplos de no-personas humanas. Tales entidades son miembros de la especie humana (pero) no tienen estatuto, en sí y por sí, en la comunidad moral. Solo las personas humanas tienen este estatuto”* (11).

Un segundo modelo es el que propone Meter Singer, director del Center for Human Bioethics, en la Monash University, de Melbourne, Australia. De acuerdo a este modelo, el concepto de persona es un concepto vacío de significado, debido a que, según él, se puede hablar de persona solo en la medida en que tenga la capacidad de sentir placer y dolor. Comoquiera que la sensibilidad consciente exige la existencia del sistema nervioso central, los partidarios de esta teoría llegan a reconocer ciertos derechos a algunos animales adultos, pero se los niegan a los embriones humanos, por cuanto en ellos aún no se manifiesta el sistema nervioso central, que está en etapa de desarrollo.

A partir de esa base, Singer sostiene que se debe *“rechazar la teoría según la cual la vida de los miembros de nuestra especie tiene más valor que la de los miembros de otras especies. Algunos seres pertenecientes a especies diversas de la nuestra son personas; algunos seres humanos no lo son. Ninguna valoración objetiva puede atribuir a la vida de seres humanos que no son personas, mayor valor que a la vida de otras especies humanas que lo son (por ejemplo, los monos antropomorfos). Por el contrario, tenemos razones muy fuertes para dar más valor a la vida de las personas que a la de las no personas. Y así, parece que es más grave matar, por ejemplo a un chimpancé que a un ser humano gravemente discapacitado, que no*

(11) Engelhardt, H.T., *Manuale de Bioetica*, Milano, 1991, 126.

es persona” (12). El fundamento para tales aseveraciones sería el hecho de que, al no poseer razón ni estar conscientes de sí mismos, son incapaces de sentir placer o dolor, y por tanto no son personas. Según nuestro autor, son muchos animales no humanos, así como ciertos recién nacidos y ciertos enfermos discapacitados que entran en esta categoría de no personas.

Frente a lo anteriormente dicho, importa dejar muy en claro que, a partir de la realidad biológica, tanto el desarrollo cerebral como el surgir del mundo sensorial comienzan a constituirse en el marco de una progresión ininterrumpida de eventos, que se inicia cuando se constituye el cigoto, primera célula conformada por el óvulo penetrado por el espermio. Se trata siempre del mismo individuo biológico humano que llega, con el tiempo, a completar su ciclo vital.

8. LA VISIÓN PERSONALISTA EN EL CORAZÓN DE LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA CATÓLICA

La visión ontológica-personalista pretende fundar la comprensión de la persona en razón de su sustancia y no de su funcionalidad. Es decir, a partir de lo que es y no de su capacidad de sentir, de su hacer o de que haya sido aceptado o no.

No se trata de desconocer el valor de los signos o las manifestaciones de un sujeto. Se trata solamente de reconocer que la condición de persona no deriva de datos empíricos, sino de una concepción integral del ser, cualitativamente distinto del resto de lo creado. Esta visión propiamente metafísica no se conforma con una definición nominal o convencional de lo que significa ser persona, ni con una descripción de sus operaciones. Su interés apunta a recoger el elemento constitutivo de dicha entidad, con el fin de alcanzar su verdad última: su esencia.

De lo dicho se sigue que la persona posee un modo de ser absolutamente originario, ontológicamente incommunicable, que lo distingue cualitativamente de las demás especies. Por otra parte, es justamente en virtud de sus particulares características, inherentes a su ser, que, en el orden del actuar, es capaz de trascender su propio ser y abrirse al amor, al conocimiento, a la búsqueda de la verdad y al bien.

Con lo recientemente planteado, no se pretende negar, desde ningún punto de vista, el nivel somático de la persona, que es parte integrante de su ser en cuanto corpóreo. De hecho, es la individualidad biológica lo que constituye primariamente la individualidad personal. Esto implica que el ser humano, visto desde el punto de vista biológico, es indisociable de la concepción metafísica del ser persona. Si el sujeto no ha sido un ser humano desde el momento mismo de su fecundación, no lo será nunca, y si lo es, no puede sino ser una realidad personal.

Una visión como la enunciada tiene como finalidad entrar en el misterio del ser en cuanto tal. El dato empírico posee valores propios que son indiscutibles, pero es incapaz de penetrar en la asombrosa densidad y dignidad de la persona humana. La unidad que existe durante todo el desarrollo del individuo humano, desde la fecundación hasta la muerte, no es simplemente una continuidad biológica, sino que

(12) Singer P., *Practical ethics*, Cambridge University Press. Oxford 1979, 102.

también de todo el ser, corporal y espiritual. El desarrollo del cual hablamos no opera por saltos sino al modo de un *continuum* progresivo.

9. EL RESPETO DE TODO SER HUMANO A LA VIDA ES UN IMPERATIVO MORAL: EL PRIVILEGIO DE LA DUDA

Está claro que el tema del respeto a la vida en todo ser humano es fuente de un debate muy acalorado. La Iglesia reconoce que ningún dato experimental puede ser suficiente para reconocer la presencia de un alma espiritual, razón por la cual no toma postura frente al interior de la discusión en torno a tan interesante tema. De hecho, la Declaración acerca del aborto procurado, emanada el 18 de noviembre de 1974 por la Congregación para la Doctrina de la Fe, no se pronuncia sobre el tema de la infusión del alma espiritual. Al respecto, conviene recordar que dicho tema tampoco es competencia de la ciencia, pues la existencia del alma inmortal no pertenece a su campo. En el fondo, se trata de una discusión filosófica al margen de la afirmación moral que se haga acerca del respeto debido al embrión humano. En este último campo, basta que la presencia de un alma inmortal en el embrión sea probable (y no se podrá probar jamás lo contrario), para que terminar con esa vida signifique aceptar el riesgo de matar a un hombre, lo que definitivamente es moralmente inaceptable.

Frente a la discusión de si el embrión es o no un ser humano que debe ser respetado en cuanto persona, lo que corresponde es otorgarle siempre el privilegio de la duda y, consiguientemente, abstenerse de realizar cualquier acto que pudiese atentar en contra de su vida. La sola posibilidad de que el embrión sea persona hace que sea razonable y de alto valor ético cuidar la vida desde su inicio, sobre todo si reconocemos que lo que se pone en duda son seres humanos como cada uno de nosotros.

Para terminar, vale la pena considerar lo que, sobre este tema, nos dice Juan Pablo II: “... *está en juego algo tan importante que, desde el punto de vista de la obligación moral, bastaría la sola probabilidad de encontrarse ante una persona para justificar la más rotunda prohibición de cualquier intervención destinada a eliminar un embrión humano. Precisamente por esto, más allá de los debates científicos y de las mismas afirmaciones filosóficas en las que el Magisterio no se ha comprometido expresamente, la Iglesia siempre ha enseñado, y sigue enseñando, que al fruto de la generación, desde el primer momento de su existencia, se le ha de garantizar el respeto incondicional que moralmente se le debe al ser humano en su totalidad y unidad corporal y espiritual*” (13). Ese es su derecho fundamental y la raíz de la convivencia humana.

(13) Juan Pablo II, Encíclica *Evangelium Vitae* 60. “Por lo demás no es incumbencia de las ciencias biológicas dar un juicio decisivo acerca de cuestiones filosóficas o morales, como son las del momento en que se constituye la persona humana y la legitimidad del aborto. Ahora, desde el punto de vista moral, esto es cierto: aunque hubiese duda sobre la cuestión de si el fruto de la concepción es ya persona humana, es objetivamente un pecado grave el atreverse a afrontar el riesgo de un homicidio”. Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración sobre el aborto provocado, 13.

10. CONCLUSIONES

Hoy estamos en presencia de la era de los derechos. Por ejemplo, el Concilio Vaticano II se refiere a varios derechos que la Iglesia Católica defiende explícitamente. Por ejemplo, el derecho a la información (IM 5), el derecho a la legítima defensa (GS 79), el derecho a la libertad religiosa (GS 73; DH 1ss.), el derecho de los trabajadores a asociarse (GS 86), el derecho al trabajo (GS 67), al voto (GS 75), a la educación (GE 1.6; DH 5; GS 26). Por su parte, Juan Pablo II hace ver que una multitud de seres humanos débiles e indefensos, como lo son en concreto los niños aún no nacidos, está siendo aplastada en su derecho fundamental a la vida (14). Es evidente que un derecho como este, de ver respetada la vida del embrión, es el que asegura y posibilita que la vida de los demás sea respetada. Este derecho a exigir que la vida humana, en cualquiera de sus formas, sea respetada es el mayor de los bienes de los cuales dispone el hombre. El mencionado derecho se expresa en el principio básico de convivencia entre los hombres de no matar, precepto que rige tanto para el sujeto en su relación con los demás como para estos últimos en relación con el sujeto. La vida es un bien en sí mismo, que surge independientemente de uno, y es un don que hay que cuidar en grado extremo.

RESUMEN

En el artículo "Derecho a la vida, derecho fundamental" se pretende mostrar a la luz de los importantes aportes que entrega las ciencias biológicas que la vida humana comienza desde el momento de la fecundación. Esta nueva realidad en virtud de su condición de ser humano tiene el derecho a que se le respete su vida y ninguna consideración de orden utilitarista o social puede justificar su eliminación. La razón de este respeto hunde sus raíces en que no hay bien superior que la vida, fundamento de todos los demás derechos y en que nadie puede atribuirse el derecho para determinar qué vida merece ser vivida o su valor. Dado que el desarrollo de un ser humano es un proceso continuo y gradual, la dimensión cuantitativa del ser ha de estar subordinada a la dimensión cualitativa u óntica que lleva grabada en virtud de su condición.

Palabras clave: Ser humano, vida, respeto, personalista.

ABSTRACT

In this article, "The Right to Life, a Fundamental Right", the author attempts to demonstrate, in the light of important contributions made by the biological sciences, that human life begins from the moment of fecundation. This new reality, in virtue of its human condition, has the right to have its life respected, and no consideration of either a utilitarian or social character can justify its elimination. The reason for this respect is rooted in the fact that no good is superior to that of life, foundation of all other rights, and regarding which no one can claim the right to determine which life deserves to be lived, nor its value. Given that the development of the human being is a continuous and gradual process, the quantitative dimension of being has to be subordinated to the qualitative, or ontic, dimension, which is inherent in virtue of its condition.

Key words: Human being, Life, Respect, Personalist.

(14) Juan Pablo II, Encíclica *Evangelium Vitae* 5.